

LA SEMANA CATÓLICA

DE

SALAMANCA

PUBLICADA BAJO LA PROTECCIÓN DEL PRELADO DIOCESANO

ADMINISTRACIÓN

Oficinas de la Habilitación
del Clero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN LA DIÓCESIS

Dos pesetas por semestre.
Número suelto: 10 est. de psta.

SANTOS DE LA SEMANA

Día 2.--*Domingo*.—San Pedro, obispo de Osma y confesor.

Nació Pedro en Bourges, provincia de Berri, en Francia, el año 1040: sus padres le infundieron en el corazón las ideas de la nobleza de su origen y el amor á la virtud y santidad.

Pedro era de genio impetuoso, amigo de las letras, pero de carácter marcial, y siguiendo los estímulos que bullían en el fondo de su espíritu, se alistó en las banderas militares, según costumbre general de los caballeros nobles de su época. Bien pronto comprendió nuestro Santo que la carrera de las armas era un peligro permanente para conservar la inocencia de vida y la devoción fervorosa, que él hubo prometido á Dios desde su tierna juventud.

Meditabundo y reflexivo andaba Pedro por ver de elegir el estado á que la Providencia le destinara desde la eternidad, y cediendo por fin á las ilustraciones de la gracia se resolvió á abandonar las vanidades del mundo para abrazarse con vínculos de

fidelidad inquebrantable á la cruz de Jesucristo.

Efectivamente, Pedro vistió el hábito de monje benedictino en el Monasterio Auriacense de la reforma de Cluny en Francia, y en aquél fué modelo de religiosos por el espíritu de mortificación que revelaba en todos los actos de su vida. Noticioso Alfonso VI, Rey de Castilla, de las prendas excelentes y conducta severa é intachable que adornaban á Pedro, suplicó al Abad de Cluny que le mandara á éste con otros once monjes para que habitasen el monasterio de Sahagún, por él reedificado en el reino de León, á fin de perpetuar la memoria de las victorias que consiguiera de los Califas musulmanes.

La petición del rey Alfonso no fué desairada: Pedro vino á España con otros compañeros de su Instituto y al poco tiempo, vencedor Alfonso VI de los infieles moriscos que poblaron á Toledo, restituyó á esta iglesia metropolitana el esplendor del culto católico, que la cuchilla mahometana destrozara sin piedad. Entonces fué nombrado Pedro por el rey Arcediano de la Catedral

Toletana y de seguida Obispo de Osma, ya que las virtudes de aquel varón insigne exigían ocupase un puesto eminente en la Iglesia de Dios, á fin de que su ejemplo sirviera de aliciente á los hombres para seguir los caminos de la justicia, de la honestidad y rectitud.

Consagrado Obispo Pedro se dedicó con ahinco á promover la gloria divina en los pueblos confiados á su vigilancia pastoral: los pobres y enfermos eran objeto preferente de su paternal solicitud: la corrección fraterna para con el delincuente; la amabilidad para con los pecadores; la dulzura y fineza para con los huéspedes; el celo por el bienestar de sus súbditos y la caridad para con todos, fueron las virtudes que esmaltaron la corona con que hoy brilla en el Cielo San Pedro de Osma, desde el 2 de Agosto del año 1109 en que entregó su alma pura en brazos del Creador.

El rezo divino es de San Pedro, Obispo de Osma, con rito doble y color blanco.

Día 3. — Lunes. — El hallazgo del cuerpo de San Esteban, protomártir; San Pedro, Obispo, Santa Lydia, tintorera; San Esmelo, mártir; Santas Marana y Cyra; Santos Asprén y Eufronio, Obispo.

El rezo divino es del hallazgo del cuerpo de San Esteban, protomártir, con rito semidoble y color rojo.

Día 4. — Martes. — Santo Domingo, Confesor y fundador del orden de Predicadores; Santos Tertulino, Eleuterio, Protasio y Aristarco, mártires; Santos Agabio y Eufronio, obispos.

El rezo divino es de Santo Domingo con rito doble de segunda clase y color blanco.

Día 5. — Miércoles. — La Dedicación de la Basílica de Santa María de las Nieves; Santos Casiano, Paris y Emigdio, obispos;

San Oswaldo, Rey; Santos Caudidio, Afra, Cantidiano y Sobelo, mártires.

El rezo divino es de la Dedicación de la Basílica de Santa María de las Nieves, con rito doble y color blanco.

Día 6. — Jueves. — La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo; San Sixto, papa y mártir; Santos Felicísimo, Agapito, Cuarto, Justo y Pastor, mártires; San Hormisdas, papa y confesor.

El rezo divino es de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, con rito doble mayor y color blanco.

Día 7. — Viernes. — San Cayetano, confesor; San Donato, Obispo y mártir; San Fausto, militar; San Domecio, monje; San Alberto, confesor; Santos Pedro, Juliano, Carpóforo, Exanto, Casio, Severino, Segundo, Licino y otros 18, mártires; San Donaciano, Obispo.

El rezo divino es de San Cayetano, confesor, con rito doble y color blanco.

Día 8. — Sábado. — San Ciriaco, diácono y mártir; Santos Largo, Esmaragdo, Eleuterio, Leónides, Hormisdas y otros 20, mártires; San Severo, presbítero y confesor; Santos Emiliano y Mirón, Obispos.

CULTOS DE LA SEMANA.

Día 2. — Catedral. — Misa conventual á las nueve.

Iglesia conventual de la Madre de Dios. — Festividad del Jubileo de la Porciúncula. A las siete de la mañana distribuirá la sagrada comunión el Rvdmo. Prelado; á las diez y media se dirá la misa, estando manifiesto S. D. M. hasta las seis de la tarde, que será la reserva. Predicará D. Tomás Redondo.

Hermanitas de los pobres. —

Estación, trisagio, meditación, cánticos y reserva.

Adoratrices.—Los ejercicios de costumbre á las cinco y media de la tarde.

Día 4.—*Convento de San Esteban.*—A las diez y media, misa solemne y sermón que predicará el M. R. P. Fr. Angelo de la virgen del Carmelo, Carmelita Calzado.

La reserva de S. D. M. á las cinco y media de la tarde.

Día 6.—*Clerecía.*—La Congregación del Sagrado Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración celebra su función mensual con misa de comunión á las siete de la mañana. Los ejercicios de la tarde serán á las siete. Predicará el Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis.

EL CIELO ES LA ÚNICA FELICIDAD DEL HOMBRE

LA sana filosofía, de acuerdo con la fe católica, enseña la verdad que entraña nuestro epígrafe, y en vano se esfuerzan los sectarios del materialismo y los hombres mundanos y perversos en contradecir aserto tan palmario.

Efectivamente; el sabio Obispo de Hipona, Padre de la Iglesia y Doctor esclarecido del siglo IV, San Agustín, decía que la *felicidad es el cúmulo y suma de todos los bienes*: Boecio, célebre filósofo de Italia en el siglo VI, sentó que la felicidad es un estado perfecto en que el hombre disfruta de modo permanente é inmutable todos los bienes posibles, sin experimentarse por él mal alguno: los escolásticos de la Edad Media afirman, que la felicidad es el bien sumo que por completo sacia, sin temores, ni fatiga, ni dolor, todos los apetitos racionales del hombre.

Los teólogos, en fin, establecen de consuno que la felicidad consiste en la *posesión pacífica, tranquila é inmutable de cuantos bienes hay posibles, de suerte, que en tal estado no haya lugar á deseo alguno ordenado que satisfacer, ni miedo de perder los bienes que una vez se poseyeran.*

Ahora bien; el estado de felicidad que hemos definido, puede encontrarse únicamente en el cielo, ya que en la tie-

rra es forzoso reñen, como señoras, la tribulación, el llanto y la amargura.

Efectivamente; ya consideremos al hombre como ser organizado, ya como ser inteligente y libre, deberemos convenir en que la existencia de aquél sobre el planeta que pisamos, es una congoja y tormento, que aflige su espíritu y atribula su corazón de modo incesante.

La observación científica nos dice que la vida del hombre está sembrada de escollos y peligros, y es una lucha perpétua entre los elementos que constituyen su organismo y los agentes que le envuelven y rodean por todas partes. El aire que respira, le consume al tiempo de provocar en él una síntesis organizadora: el agua que bebe, los alimentos animales y fitológicos que toma, y el calor que le circunda, tienden á descomponer su organismo en elementos gaseosos, cuando le regeneran por oxidación nutricia. El origen y desarrollo de la economía animal del hombre, es el comienzo mismo de su muerte; porque el análisis orgánico es de mayor energía siempre, que la síntesis organizadora, y por tal motivo el hombre atraviesa los períodos, embrionario, de la infancia, puericia, adolescencia, virilidad y vejez, que paso á paso le conducen á los bordes de la tumba en medio de las lágrimas y pena del padecer y sufrir.

El plasma de la sangre, ó principio reparador de los tejidos del hombre, se transforma en células y fibras histológicas por la virtud *antagonista* del alma racional que la informa y entabla con él lucha incesante, para que no se convierta de suyo en ácido carbónico, vapor de agua, fosfuros de hidrógeno, amoníaco y otras sustancias que estudia la Química inorgánica.

El tifus, la viruela, la tisis, la difteria, el cólera, la fiebre amarilla y mil otras enfermedades infecciosas aciba-

ran de continuo la existencia del hombre, mientras peregrina en este valle de miserias, de luto y de dolor.

Las estadísticas demográficas nos dicen, que la guadaña de la muerte lleva cada día la desolación y el llanto á 92.000 familias; y que, si en igual período de tiempo nacen 105.000 sobre el globo que habitamos, esto no se verifica, sino en medio de la amargura y la congoja. Los resultados necrológicos afirman que á los siete años desaparecen de la escena del mundo la mitad de los nacidos, y que de 1.000 individuos apenas llega *uno* á los cien años con los achaques y dolencias consiguientes á la decrepitud.

Las navecillas y buques de vapor que surcan al Oceano son desbaratados de continuo contra las rocas submarinas y los peñascos flotantes por el oleaje furioso, que levantan las hélices gigantescas de un huracán violento: los trenes que descarrilan ó se chocan, y el relámpago que hiere mortalmente cada año á multitud de individuos, son una prueba palmaria de que en este mundo reinan, como señoras, la tribulación, el llanto y desconsuelo.

Si consultamos las obras Geológicas, en éstas se consigna también que la energía expansiva del vapor acuoso y la tensión de los gases que se alojan en el interior de la tierra, y el calor que bulle en sus entrañas, fomentado por la fuerza magnética que en forma de corriente sutilísima le circuye de oriente á occidente, hacen de consuno estremecer con movimiento ondulante al planeta que pisa nuestro pié, y, abriendo simas profundas en su costra superficial, han lanzado al ambiente columnas de humo espeso y encandecida lava que, asolando campiñas feraces y derrumbando edificios suntuosos, han privado al esposo de la compañía dulce y afable de su esposa, y á los hijos de sus padres, y al discípulo del maestro y viceversa.

La historia de los acontecimientos Geogénicos demues-

tra que el año 79 de nuestra era cristiana fueron sepultadas en el abismo las ciudades Scavia, Herculano y Pompeya por los materiales lávicos que arrojara la erupción primitiva del Vesubio: en 1.º de Noviembre de 1755 un terremoto conmovió los cimientos y la torre de esta Catedral Basílica y separó las pilastras de la mayor de las torres del Seminario Conciliar de San Carlos Borromeo, y destruyó la mitad de la hermosa ciudad de Lisboa con pérdida de 30.000 de sus habitantes; en el mes de Agosto de 1881 desapareció del mapa la isla Chío, situada al occidente del Asia, con 8.000 moradores que se albergaran en su territorio: el 27 de Agosto de 1883 un volcán submarino causó la muerte de 40.000 hombres é hizo volar por el aire las dos terceras partes del monte Cracatau, situado entre Sumatra y Java en la línea equinoccial; y en el mes de Septiembre del referido año fué asolada Ischia en Italia, pereciendo 5.000 moradores de aquella isla fértil por la violencia de cataclismo semejante; y en 25 de Diciembre de 1884 un terremoto destruyó pueblos enteros é hizo perecer 2.000 habitantes de las provincias españolas, Málaga y Granada.

Los ejemplos podrían multiplicarse mucho, pero los aducidos bastan para llevar al ánimo la convicción profunda de la ciencia de que el planeta terrestre no es un paraíso de delicias, sino un valle de lágrimas, desastres y desventura sin límites para el hombre que le habita.

II

Si ahora consideramos al hombre bajo el punto de vista moral, nos persuadiremos también que la vida de aquél sobre la tierra es una tribulación constante que no se compadece con el estado feliz.

Efectivamente; la Iglesia católica, guiada por la reve-

lación divina de que es depositaria augusta y maestra infalible, enseña que Dios constituyó al hombre primitivo en un estado sobrenatural, mediante la gracia santificante que le confirió de modo enteramente gratuito; «fecit Deus hominem rectum,» desde el principio crió Dios al hombre recto y ordenado, afirma el Eclesiastés, (cap. VII, v. 3).

Inocente el hombre y con justicia en su origen vivía, según San Agustín (De civit. Dei cap. 26, lib. XIV) en un paraíso de deleites; porque amaba al Bien Supremo y tenía la facultad de no morir jamás: ni el hambre le acosaba, ni sufría tampoco los ardores de la sed: el fruto del árbol de la vida impedía de manera misteriosa que el hombre envejeciese: su organismo no estaba sujeto al análisis material y corrupción incesante á que hoy, por desgracia, estamos sometidos: concordia y armonía encantadora reinaban entre los sentidos y el dictamen práctico de la razón, que á su vez seguía sin cansancio los caminos de la rectitud y del amor honesto, sin que la concupiscencia abatiera el espíritu del hombre, ni agotara por instantes la energía de su organismo corporal.

Tentados nuestros primeros padres por el demonio que les prometió ser dioses, «eritis sicut dii scientes bonum et malum (Genes., cap. III, v. 5), cayeron en el pecado de soberbia, comieron la fruta del árbol prohibido, desobedecieron á Dios... y ellos, con toda su descendencia, perdieron la gracia santificante y la inmortalidad condicional con que el Omnipotente les hubo decorado, y la inmunidad preciosa de los dolores y miserias, de la duda, del error y de la afición vergonzosa á la licencia que experimentamos de continuo en el ejercicio de la vida que hoy tenemos.

No es, pues, Dios la causa de nuestra degradación y miseria, como dicen neciamente los impíos: Dios no hizo

la tribulación, porque ésta es hija del desorden, y Dios es el mismo orden y armonía.

La culpa del hombre primitivo en quien pecamos todos, por ser aquél cabeza y tronco fundamental de la humana estirpe, la culpa original es la causa de que hoy gima el hombre en triste y abatida condición; porque, si Adán y Eva hubiesen correspondido á los mandatos que les intimara su Criador y Padre bondadoso, también habrían sido transportados, después de algún tiempo de fidelidad y prueba meritoria, desde el Paraíso terrestre á la Jerusalén del cielo, sin haber sufrido antes las angustias de la concupiscencia y las terribles agonías y congojas de la contradicción y de la muerte.

Es cierto que la culpa de origen no cambió la naturaleza intrínseca del hombre, en oposición á la enseñanza herética que los protestantes divulgaran en el siglo XVI; pero sí es verdad que el pecado del hombre primitivo eclipsó la luz esplendente de la inteligencia humana y debilitó la energía poderosa de la voluntad para la práctica del bien.

Es que el hombre, como dicen los teólogos con el venerable Beda, fué despojado de los dones gratuitos y herido en las facultades naturales que el Omnipotente le otorgara, ó como afirmó con gran sabiduría el Concilio de Trento (Ses. 5.^a, cán. 1), «Secundum corpus et animam fuit Adam in deterius commutatus» el cuerpo y alma de Adán fué puesto por la culpa en peor estado, que el que en su origen tuvo por liberalidad pura de Dios.

El eclipse que sufrió la inteligencia del hombre por el pecado de origen explica los errores monstruosos que han invadido la tierra en las diversas edades con oprobio de la verdad y tormento de la civilización y cultura de la sociedad humana. Sólo así se entiende que en el siglo VI, antes

de Jesucristo, Anaximandro, director del movimiento filosófico que bullía en la escuela jónica, olvidara la idea más sublime que en el fondo de la razón humana depositó el Hacedor Supremo é hiciera profesión de ateísmo materialista, y que el mismo error fuera difundido por Demócrito en el siglo V, y por Epicuro en el IV, y por Lucrecio en el I, y que esta aberración se sustente hoy por Spencer y Tyndall en Inglaterra y por Hartmann en Alemania.

La postración de la voluntad humana, consiguiente al pecado primitivo, explica también de modo satisfactorio el estímulo incesante que el hombre siente hacia lo malo por las impresiones seductoras y al parecer halagüeñas que le suministran los sentidos, debiendo sostener aquél una lucha terrible para seguir el recto dictamen de la conciencia y realizar en circunstancias difíciles, aun aquello solamente que por su naturaleza es honesto.

Siento, decía San Pablo, apóstol de las gentes y doctor de las naciones, una lucha terrible en mi organismo que contradice á todas horas la rectitud que vislumbra mi razón, y que de continuo pretende subyugarme bajo la servidumbre del pecado: «video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae et captivantem me in lege peccati» (Paul. ad Rom. cap. VII. v. 23.)

La vida del hombre sobre la tierra es una batalla continua, decía también el humildísimo y paciente Job «militia est vita hominis super terram» (Job. cap. VII, v. 1.); porque los pensamientos y afectos del corazón humano se hallan inclinados hacia el mal desde la tierna juventud, «sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua» (Genes. cap. VIII.)

De Salomón, rey de Israel é hijo de David, nos dice la Escritura Santa, que buscó con ardiente anhelo saciarse hasta la hartura con todo género de delicias, de honor y

bienes de la tierra, «vadam et affluam delicis et fruar bonis» (Eccts. cap. II, v. 3): fué Rey sabio y prudentísimo; edificó palacios y formó jardines con toda especie de árboles; construyó estanques de recreo y balnearios de placer; tuvo á su disposición siervos y criadas, gran familia y numeroso ejército; celebró banquetes entre la algazara de cantatrices voluptuosas y superó en riqueza á cuantos reyes le hubieron precedido en el solio de Israel... y, sin embargo, él mismo testifica que, después de haber disfrutado de todo deleite, de toda riqueza, de toda hermosura y hasta del esplendor del talento, no pudo encontrar más que vanidad y aflicción de espíritu; porque nada hay permanente, ni inmutable de lo que existe bajo del sol, «cumque me convertissem ad universa,... vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi et nihil permanere sub sole; vánitas vanitatum et omnia vánitas.»

¿A qué más testimonios para comprobar que el hombre no puede ser feliz en la Tierra ya se considere bajo el aspecto físico, ya bajo el moral, si estamos plenamente convencidos de que es forzoso vivir atribulados y en medio de la tortura y la congoja, mientras peregrinamos por este árido desierto de incertidumbre y de dolor?

Lo único que importa consignar para remedio de nuestras miserias es, que sepamos levantar el corazón al cielo cuando el viento de la tribulación arrecie y la tempestad amenace sumergirnos en el mar insondable del tormento y la amargura.

Efectivamente, el Apóstol San Pedro dice, que ahora es conveniente seamos atribulados con varias tentaciones, para que la prueba misma de nuestra fe nos purifique, como el oro se purifica en el crisol, y la misma pena y angustia se conviertan en loor y gloria, cuando Jesucristo se nos manifieste en el Cielo; «oportet contristari in variis tentatio-

nibus, ut probatio vestrae fidei multo purior auro, quod per ignem probatur, inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Jesu Christi.» (1.^a Petr. cap. I, v. 7).

Para ser hijos de Dios y herederos de su reino, es preciso imitar á Cristo y abrazarse con su cruz, dice San Pablo (Paul. ad Rom. cap. VIII, v. 17), á fin de que, padeciendo aquí las angustias y el dolor, seamos también glorificados con Cristo en la Jerusalén celestial; «Si autem filii et heredes, heredes quidem Dei, coheredes autem Christi; si tamen compatimur, ut et conglorificemur.»

Y ciertamente que las privaciones, los trabajos y miserias de esta vida corta son de valía insignificante, cuando se comparan con la gloria venidera que Dios ha prometido á los que le sirven con fidelidad; porque el Cielo es una morada de honor, de dulzura y consuelo indefinibles, ya que ni el ojo vió ni el oído oyó, ni el corazón del hombre es capaz ahora de sentir el gozo que Dios prepara á cuantos le sirven con amor puro y sincero, según afirma el apóstol San Pablo, «oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum.» (Paul, ad Cor. 1.^a cap. II, v. 9).

En el cielo cesará toda tribulación y toda angustia, siendo los dolores de esta vida trocados en alegría eterna, descanso permanente y gozo inmutable; porque las congojas del vivir, el llanto, el suspiro y el clamor son patrimonio solamente de los moradores de esta tierra, según canta la Iglesia en el oficio divino de los mártires; «absterget Deus omnem lacryman ab oculis Sanctorum, et jam non erit amplius neque luctus, neque clamor, sed nec ullus dolor, quoniam priora transierunt: in coelestibus regnis Sanctorum habitatio est, et in aeternum requies eorum.» (Anti. in II, vesp. Sanct. martyr).

Dios, esencia increada y piélago inmenso de perfección

y hermosura, se manifestará á las almas que se aplicaron en el mundo los méritos de la agonía del Salvador, y abrazaron con su gracia divina las tribulaciones en esta Tierra de luto y de malignidad. Dios se manifestará en el cielo, radiante de gloria y de hermosura, á los hombres redimidos con la sangre preciosa de Jesús, y satisfará entonces las ansias legítimas que aquéllos tuvieran de gozarse en la contemplación de la verdad y engolfarse en saborear las delicias de una belleza suma, que ni se aja con el tiempo, ni se marchita con el uso.

Ahora estamos condenados á ver la verdad que encierran los objetos de estudio entre celajes y las sombras del misterio; pero en el cielo no habrá velos ni tinieblas, sino luz clarísima que, iluminando la inteligencia del hombre con la presencia inmediata del que es Causa y Arquetipo de cuantos seres existen y pueden existir en el tiempo y el espacio, producirá en aquélla la revelación palmaria de todos los misterios, según dice el apóstol San Pablo; «nunc per speculum, in aenigmate, tunc autem facie ad faciem» (Paul. 1.^a Corint., cap. XIII., v. 12).

La visión intuitiva de la divina Esencia producirá en el alma del hombre una dulzura de amor indefinible; porque, al contemplar la infinita belleza y hermosura, quedará inundada también por las aguas de un mar inmenso de consolación, y se unirá á Jesucristo con lazos de amor indefinible y purísimo, y cantará con deliciosa gracia por una eternidad las perfecciones del Único que encanta, arrebatada y enamora sin cansancio ni fastidio.

Es cierto que el hombre no puede comprender en el cielo la divina Esencia, ni amarla de modo infinito; porque la luz de gloria no da al hombre virtud infinita para contemplar y gozar del Dios de las alturas, pero sí puede saciar aquél sin hartura ni cansancio la sed de ciencia en

las eternas fuentes de lo absoluto, y besar con ósculos tiernos y de gozo indefinible á la Belleza increada.....

¡Qué alegría y qué gozo tan puro para el entendimiento y volutad del hombre que, sin absorberse por la inmensidad de Dios, como erróneamente dijera el panteista Hegel de Alemania en el primer tercio de este siglo, y sin perder la conciencia de su personalidad, como delirando afirmara en el segundo tercio del mismo el materialista filósofo Schopenhauer, admira la sabiduría infinita, la contempla de modo intuitivo y milagroso, se enamora de la hermosura que en Ella resplandece y se une á Dios para ser feliz sin término ni límite alguno en la dicha que comenzó á disfrutar!!!

Arriba, pues, los corazones ¡hombres de la Tierra! porque en este mundo solamente se hallan abrojos y espinas abundantes que punzan al corazón y le llenan de amargura y desconsuelo: el honor y orgullo de los hombres, los halagos de la riqueza, y lo que se apellida hermosura de las criaturas, son flor de un día que por la mañana aparece muy bella y lozana y por la tarde se encuentra deshojada y marchita.....

En el cielo hallará el hombre solamente la felicidad que anhela en todos los instantes de su vivir, é importa mucho practicar ahora la virtud para disponerse á entrar en la Jerusalén de la gloria inmarcesible.

Tales son las reflexiones que nos hemos permitido estampar hoy en este semanario piadoso, ya que en la estación veraniega el delirio de la voluptuosidad se apodera del corazón débil del hombre, y la ambición de poseer riquezas para saciar todos los instintos desordenados que provoca la molicie afeminada de costumbres, tan generalizada en nuestros días, ciega al espíritu humano hasta

incapacitarle para ver la verdad en toda su pureza y esplendor.

JUAN M. BELLIDO CARBAYO.

NOSTALGIA DEL CIELO

De la *Revista Popular*:

Jesús, dulce bien mío,
Belleza y resplandor que no varían:
¿Do está de paz el río
En que se bañan los que en Vos confían?

Mi corazón se inflama,
Consuelo de los tristes y afligidos,
En vuestro amor; y os llama
Con voces y con llantos y gemidos.

Recorre los jardines,
Y les habla del Dios de sus amores,
A los blancos jazmines,
Y á las pintadas y olorosas flores.

Os busca en la ladera
Del monte, entre el tomillo perfumado,
Y allí, llorando espera
Gozarse en los abrazos de su Amado.

Mas cuando ya palpita
Mi corazón, que anuncia en su contento
Vuestra dulce visita,
Y olvida de su mal el sentimiento,

Entonces despiadados
Me cercan mis amigos y se quejan
De mis tristes cuidados,
Y de mi amado con dolor me alejan.

Y cuando allá en mi lecho
Me creo al fin ya solo y sin testigos,

Y os cuento aquí en mi pecho
Las heridas que hicieron mis amigos;

También allí se vienen
Y dicen que no llore mis quebrantos,
Y mi brazo detienen,
Consuelo sólo de mis males tantos.

Me llevan á sus fiestas
Y quieren que me goce en sus orgías,
Donde tienen dispuestas
Extrañas y profanas melodías.

Entonces más me aflijo
Y lloro de los hombres la locura,
Y en Vos mis ojos fijo
Esperando templar mi desventura.

Romped, Señor, os ruego
Del frágil cuerpo la infeliz cadena,
Y tenga fin ya luego
De mi alma triste la incansable pena.

¡Pintadas avecillas
Que alegráis la alborada en dulces trinos!
¡Ligeras nubecillas
Que recorréis del cielo los caminos!

Contadle mis pesares
Decidle que sin Él ni cielo quiero,
Y con tristes cantares
Decidle que de amores ¡ay! me muero.

J. DE V.

Salamanca

El domingo próximo se instalará solemnemente en el convento de San Esteban, la Guardia de Honor de María ó Rosario Perpétuo, modificado con aprobación de Su Santidad Pío IX. Después de los ejercicios acostumbrados en

los primeros domingos de mes, y rezada la novena de Santo Domingo de Guzmán, predicará el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis. De esperar es que los fieles salmantinos y en particular los miembros de la nueva asociación, acudan presurosos á escuchar la palabra de su bondadoso Prelado, y á contribuir con su presencia al brillo de estos cultos.

La función comienza á las seis de la tarde.

El día 4 del corriente se dará principio á la novena que las Religiosas de Santa Clara de esta ciudad, tributan en honor de su gloriosa Madre y fundadora esclarecida.

Todos los días habrá misa conventual á las siete de la mañana: el santo rosario y la novena se rezarán á las siete de la tarde, y á continuación se cantarán la Letanía Lauretana y los Gozos á Santa Clara de Asis.

El Excmo. é Ilmo. Prelado de la diócesis se ha dignado conceder 40 días de indulgencia á los fieles que asistan con devoción á cualquiera de los cultos anunciados.

Ayer á las ocho y media de la mañana, regresó sin novedad nuestro Excmo. Prelado de su viaje á Portugalete, en compañía de su secretario de Cámara, D. Pedro García Repila.

Nos alegramos en el alma.

A la novena de Santo Domingo de Guzmán que está celebrándose en la iglesia conventual de San Esteban, concurren todos los días gran número de fieles, dando pruebas con ello de que aún no se ha extinguido en esta ciudad la fe religiosa que nos legaron nuestros padres.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez.